

de uno a otro partiendo de la noción de extravagancia. Como en el caso anterior, encontramos un intento por superar la clásica partición en tres etapas mostrando como la extravagancia funciona como un eje subterráneo a lo largo de toda la obra. Tal y como demuestra el autor, no resulta difícil rastrear en los textos que Foucault escribió sobre Roussel, Manet o Blanchot algo así como un gusto común por la extravagancia. Es decir, una fascinación hacia esas obras en las que, cada uno a su manera, trata de transgredir las normas establecidas, caminar por senderos situados fuera de lo comúnmente aceptado al tiempo que se afirma la propia singularidad. Rodríguez vincula asimismo esa fascinación que encontramos en los primeros trabajos de Foucault con sus reflexiones tardías en torno a la Ilustración. Ya que si lo propio de la Ilustración es realizar una crítica radical de los límites que podemos franquear, la extravagancia aparece como una de las formas políticas posibles de dicha actitud, o más bien, como un pariente primitivo de la misma. Rodríguez sugiere que la actitud crítica de la Ilustración reivindicada por Foucault se presenta como una evolución lógica y política de la extravagancia que el filósofo francés había analizado en sus textos sobre la literatura. De la misma manera, profundizar de esta manera en la extravagancia, habría hecho desplegar la singularidad que acompaña a la extravagancia, en una “estética de la existencia” que Foucault examina en los últimos volúmenes de su *Historia de la Sexualidad*. Si bien es discutible el acento que el autor pone sobre la exaltación del yo como lo propio de la estética de la existencia de los últimos trabajos de Foucault, esto permite dibujar un claro recorrido que va de la literatura a la reflexión ético-política en el filósofo francés.

No puedo finalizar el comentario de este libro sin referirme al inclasificable ensayo *¿Círculo o heterotopía? Foucault en (el ala oeste de) la Casa Blanca* de Antonio Lastra, director de la revista *La Torre del Virrey*, que no hace sino reforzar una de las principales ideas que pueden extraerse del presente libro: la riqueza de una obra que no ha perdido un ápice de vigor para la actualidad en su infinita capacidad para inspirar e incitar al pensamiento.

Aitor ALZOLA MOLINA

BLOM, P., *Gente peligrosa. El radicalismo olvidado de la Ilustración europea*, Barcelona, Anagrama, 2012, 472 pp.

La editorial Anagrama nos ofrece la traducción del inglés de esta reciente obra de Philipp Blom, que permite al lector medio acercarse sin demasiado esfuerzo a los recovecos de los más célebres salones parisinos de la época de la Ilustración. La obra se centra en el salón del barón D’Holbach y los llamados “ilustrados radicales” por el autor, entre los que cuentan grandes personalidades como lo son Diderot, Rousseau, D’Alembert, Helvétius, Hume, e incluso Benjamin Franklin. Todo ello nos lo encontramos escrito en forma de anecdotario y comentario de textos centrales de los autores, que son encuadrados mediante breves pinceladas históricas, la mayoría de ellas referidas a la situación político-social de la monarquía francesa en el siglo XVIII. La distinción entre un grupo de ilustrados “radicales” frente a otros “moderados” o “blandos” (Rousseau, Voltaire, Kant) se nos ofrece presentada como el par vencidos-vencedores, de tal manera que el autor considera indispensable retomar las tesis de esta Ilustración, largo tiempo olvidada por ir en contra de los intereses impe-

rialistas del sistema capitalista naciente y de la teología imperante en el Siglo XIX, para así reintroducir consideraciones críticas en el pensamiento teológico en el que, según sostiene, aún estamos inmersos. La obra está dividida en cuatro grandes partes, subdivididas a su vez en capítulos, y acompañada de una introducción en la que se da cuenta de su propósito de recuperación de una tradición olvidada. El lector encontrará además al final del libro una breve presentación de los asistentes más fieles al salón de D'Holbach, además de un útil índice analítico.

Philipp Blom (1970) es un historiador, novelista y periodista nacido en Hamburgo y formado en Historia Moderna en Oxford y Viena. Es autor de varias obras disponibles en español (*Encyclopédie. El triunfo de la razón en tiempos irracionales* y *Años de vértigo. Cultura y cambio en occidente, 1900-1914*, ambas en Anagrama), y de dos novelas, y ha escrito para diversos periódicos del Reino Unido y los Países Bajos. Actualmente reside en Viena.

En esta obra, el autor centra su análisis, como ya se ha indicado, en el París de las primeras décadas de la segunda mitad del Siglo XVIII, donde se dio una proliferación de diversos salones pertenecientes la mayoría de ellos a damas de la alta sociedad, que cumplían importantes funciones sociales y en los que se concentraba la intensa vida intelectual. Entre ellos destaca el autor el del barón Thiry D'Holbach, verdadero foco del debate intelectual junto con el de Helvétius, que tenía sus puertas abiertas a todo aquel que deseara participar en veladas marcadas por intensos debates acerca de las cuestiones más candentes de la época. Dada la fuerte represión de la época a todo pensamiento que se atrevía a cuestionar los principios de la Iglesia y del poder absoluto del monarca, el hedonismo ilustrado y las ideas materialistas y ateas que profesaban, si bien no públicamente, muchos de quienes eran asiduos del local, los convirtieron y convierten en un movimiento fuertemente crítico y resistente al poder autoritario y paternalista de Iglesia y Estado. El estudio del movimiento que se daba en este ambiente viene de la mano del proyecto máximamente ilustrado de la *Enciclopedia* de Diderot y D'Alembert, ya que la mayoría de los asistentes habituales al mismo llegaron a escribir artículos que llegarían a formar parte de este titánico proyecto.

Si bien D'Holbach abrió su salón en el año 1748, no conoció al que sería su más apasionado polemista y amigo, Denis Diderot, hasta dos años después, cuando ya había sido publicado el primer tomo de la *Enciclopedia*. Blom deja entrever desde el primer momento su especial predilección por este último y fascinante autor, de quien este libro es casi una biografía intelectual, siendo así que podríamos decir que supone la columna vertebral a la que se van adhiriendo el resto de los autores y acontecimientos. Acompañamos así al prolijo, desconcertante y cambiante Diderot desde que nace y es educado por los jesuitas, siendo fervientemente religioso, hasta que muere como revolucionario ateo. Los veinte difíciles y turbulentos años que en los que Diderot sufrió la edición y composición de la *Enciclopedia*, con varias crisis que también afectaron a los filósofos que se reunían en el salón (como la sucedida a mediados de la década de los cincuenta, cuando prohíben el libro *De l'esprit*, del ateo Helvétius, y la *Enciclopedia* misma, salvándose sin embargo esta última de la total destrucción gracias a la ayuda de Malesherbes, que ocupaba el cargo de censor jefe), están marcados por una tensión fundamental entre la razón y el sentimiento. Esta tensión es lo que le impedirá coincidir finalmente con el barón, hombre de ciencia que defiende el maquinismo del Universo, que reduce la moral al placer y niega el libre albedrío, propugnando la educación como motor para el progreso social. El lector se irá encon-

trando asimismo con la aparición y participación asidua en el salón de filósofos y personajes famosos de toda Europa (sobre todo extranjeros londinenses en la década de los años sesenta), como son Galiani, Beccaria, Grimm (fundamental a la hora de dar a conocer las actividades del salón y mejor amigo de Diderot durante un tiempo), Hume y Rousseau, siendo estos dos últimos objeto de un tratamiento más pormenorizado que los anteriores. Así, gran parte de la obra está dedicada a la complicada relación entre Rousseau y Diderot (de una amistad íntima al mayor enfriamiento pensable, terminando con la tarea de desprestigiar públicamente al otro por parte de ambos autores) y, posteriormente, entre Rousseau y Hume, con resultados similares. Blom pone así de relieve el ya conocido difícil carácter del ginebrino, que conecta directamente con su “filosofía de la culpa y la paranoia” (página 20). Asimismo, Blom hace un somero recorrido por Lucrecio, Séneca, Meslier, Descartes y Spinoza, los referentes intelectuales más importantes de esta corriente.

Tras varias crisis, una ejecución pública que promete una radicalización de los métodos punitivos de la Iglesia y el empeoramiento de la situación económica de Diderot, éste decide aceptar la ayuda de la zarina de Rusia, quien lo desilusionará al negarse a revisar su política en base a los argumentos del literato y filósofo, acentuando así su convencimiento acerca de la necesidad de abolir los regímenes despóticos y su escepticismo respecto de la creación de una sociedad totalmente igualitaria. Por este último cauce le llevan también los cuadernos de viaje de Bougainville a Tahití, la llamada *Isla del amor*, que dará fuerza al debate europeo acerca de la figura del “buen salvaje” rousseauiano, motivo que tratará de manera completamente distinta Diderot, que aprovecha para defender un relativismo de las costumbres. El filósofo ateo predicará en sus escritos por el anticolonialismo y la comprensión del bien como placer siempre encuadrado en un contexto de utilidad social. Será a finales de la década de los setenta cuando la actividad del salón comience a decaer debido a la vejez y el delicado estado de salud de D’Holbach y Diderot, la muerte de miembros estelares como Helvétius y Hume y el abandono de Grimm (corrompido por el poder de la nobleza), pasando a un lugar de culto y de obligado paso para los intelectuales de toda Europa.

Merece una especial consideración la división fundamental en la que se apoya la obra por basarse en ciertas distinciones no demasiado claras que parecen obedecer a un cierto posicionamiento casi metodológico (ya en la introducción nos encontramos con afirmaciones tales como que “lo que hace que el pensamiento de la Ilustración radical sea hoy tan esencial es su fuerza, su sencillez y su valor moral”, pág. 20). Primero, en el bando de los moderados se hallarían, entre otros, Voltaire y Rousseau (no sabemos dónde exactamente se encuadra Hume para el autor, y personajes tales como Montesquieu aparecen siempre como un nombre más en enumeraciones genéricas). Es importante tratarlos en grupo, aunque sólo fuera porque sus nombres suelen ir acompañados a modo de epíteto, desde el primer momento en el que se los nombra, con calificativos peyorativos de índole personal que pretende transferir a su obra sin mayor problematización. Para dar algún peso teórico a esta división entre radicales y moderados, Blom sostiene que las ideas de esta Ilustración “blanda” se oponen a las de los protagonistas fundamentalmente en un punto: su defensa del deísmo y de la razón como legisladora absoluta del sentimiento. Así, este grupo de ateos defenderían que las religiones son lógicamente incoherentes y moralmente perversas por aplastar y corromper los espíritus, frente a pensadores como Voltaire que valoran la capacidad de la trascendencia para hacer obedecer al pueblo. De nuevo, la tesis podría ser más fuertemente

defendible si se encuadrara dentro de un estudio pormenorizado de las diferencias entre el cambiante pensamiento de todos los autores y de las peculiaridades intelectuales y vitales de cada uno, esfuerzo que se lleva a cabo únicamente con Diderot. Este punto se ve acompañado de la tesis, poco rigurosa y desconsiderada con el lector, quien se ve teniendo que hacer actos de fe por la ausencia de referencias en lugares importantes del argumento, de que los llamados radicales han sido continuamente denostados e ignorados porque sus ideas no coincidían o directamente atentaban contra quienes ejercían y ejercen el poder. Por ejemplo, Blom parece sentirse particularmente cómodo con la impugnación directa del pensamiento entero de Rousseau al relacionarlo, de forma como poco problemática y en diversos pasajes de la obra, con “el sanguinario asesino” Robespierre y con Stalin. De manera análoga, las referencias más relevantes a Voltaire hacen siempre hincapié en sus relaciones con personajes relevantes de la nobleza y la monarquía de la época, lo cual remarcaría su diferencia fundamental con los ateos de la rue Royale.

En segundo lugar, en el tratamiento de un autor tan central en la polémica europea como Spinoza nos encontramos con una cierta equiparación al de Leibniz que puede confundir a cualquier lector no versado en el tema. Ejemplo de esto son afirmaciones tales como que, para Spinoza, “las leyes de la naturaleza (...) no se pueden violar; ni siquiera Dios mismo puede hacerlo” (página 129), o “el Dios de Spinoza no es más que una manera particular de llamar a las leyes que gobiernan el mundo físico, el único mundo que existe” (página 130), o, entre muchas otras, que el filósofo judío no había conferido a sus argumentos un sesgo político que le permitiera enfrentarse al mundo de la Iglesia. En el mismo plano, al comentar la importancia de *Diccionario histórico y crítico* de Bayle para Diderot, además las habituales y discutibles afirmaciones (como que nadie de la época podía haber tomado a Bayle por ateo, en la página 77), Blom parece pasar por alto la enorme influencia que tuvo esta obra para la difusión del pensamiento de Spinoza para los siglos XVIII y XIX y las polémicas a las que daba lugar.

En tercer lugar, es llamativa la total ausencia de cualquier vestigio de la Ilustración alemana y el tratamiento, en bloque y superficialmente, de las cuestiones propias de la inglesa. Así, la obra pierde completamente el carácter específico de los debates y polémicas de cada territorio al centrarse casi exclusivamente en un recinto tan limitado como lo es un salón. Por otro lado, aunque es ciertamente valiosa la mención al papel de las mujeres dentro del grupo de los protagonistas, ya que llama la atención sobre las corrientes profeministas (o feministas) del momento, esta mención suele encuadrarse dentro del ámbito de las relaciones amorosas con los diversos asiduos del salón, lo que disminuye su utilidad en el ámbito intelectual para centrarla en la influencia que tuvo sobre los grandes pensadores el hecho de que fueran mujeres instruidas y educadas. No acuda a esta obra quien vaya en busca de un análisis riguroso o detallado de las circunstancias políticas, económicas y sociales de la época y su conexión con las diversas corrientes de la Ilustración.

El traductor, Daniel Najmías, ganador del Premio de Traducción de la Fundación Goethe España (2002) y el V Premio Esther Benítez de Traducción (2010), nos ofrece con esta obra una lectura fluida y fácil que logra sin problemas transmitir la escritura del autor.

En definitiva, esta obra es especialmente recomendable para quien desee iniciarse de un modo ameno en los entornos de algunos de los personajes más importantes de la Ilustración francesa. Dedicado “a todos los jóvenes que son lo bastante curiosos para preguntar quiénes

somos y lo bastante valientes para imaginar quiénes podríamos llegar a ser” y que quieran “saber todo sobre Diderot, D’Holbach, Rousseau y los ilustrados radicales”, *Gente peligrosa* debería constituir un paso más en su búsqueda de ese conocimiento, pero no la última parada.

M^a Inés LÓPEZ DEL PINO